

Don de ciencia (1)

El Espíritu de ciencia nos hace experimentar la grandeza y la miseria de las creaturas.

“El don de ciencia le daba a entender a san Francisco, que la Creación era una escala cuyas gradas le conducían al Creador; por eso no le servían de obstáculo los seres de este mundo, ni le estorbaban en sus ascensiones, antes bien, le ayudaban, lo mismo en la contemplación como en su celo por las almas, en su compasión con el prójimo, en su afán de la gloria divina. El siervo de Dios no se paraba en nada creado, sino para descubrir el dedo divino que dejó allí sus huellas. Es ésta la que San Buenaventura denominaba la “ciencia de los santos”.

La ciencia humana no puede llegar con un solo acto a la plenitud de la verdad. Nuestro pensamiento, esencialmente discursivo, progresa lentamente a partir de las imágenes del mundo visible, abstrayendo de una las ideas, y, después, asociándolas orgánicamente por medio de las tres operaciones mentales. Intelección, ciencia y sabiduría son las etapas por las que ha de pasar el pensamiento discursivo. El don de ciencia nos hace partícipes de la ciencia divina, que nos permite conocer las cosas humanas con juicio recto, viéndolas desde Dios.

Mientras que el don de entendimiento escruta con amor las maravillas de la gracia y gloria que contiene el universo, una segunda mirada intelectual, que no es una simple intelección sino que es ciencia, que aspira a una investigación tan completa como sea posible de todas las causas creadas, terminando en una visión grandiosa de la sabiduría divina y las obras de Dios.

Si el don de inteligencia capta de modo penetrante las esencias, el de ciencia quiere percibir las consecuencias y verificar las conexiones. El Santo, deseoso de descubrir a Dios, lo hace en sus obras, mira las creaturas con la mirada del hijo de Dios, que quiere apoyarse sobre ellas para alcanzar la “Casa del Padre”. La ignorancia de las creaturas y de los peligros que corre entre ellas, lo exponen a hacerlo caer por sorpresa. Por esto el Espíritu Santo está en el fondo del alma, para dictarle un juicio seguro, motivado, sobre el bien o el mal de las creaturas para encaminarlo hacia la salvación. “El Señor conduce al justo por caminos rectos; le comunica la ciencia de los santos”. (Sap 10,10).

La Escritura señala este don como ciencia del Altísimo, concedida a los profetas, y en el libro de los números otorgada incluso a un profeta pagano, Balaam, hijo de Beor: “Oráculo de Balaam, hijo de Beor, oráculo del varón clarividente, oráculo del que escucha los dichos de Dios, del que conoce la ciencia del Altísimo” (24,15,16).

Las creaturas revelan a Dios

El aspecto principal del don de ciencia es su sentido primordial de juicio, por las causas segundas, de las conexiones que unen a todos los seres del universo unos con otros y con su Creador. San Juan de la Cruz lo percibió perfectamente cuando exalta la sabiduría del Verbo en la quinta estrofa del *Cántico Espiritual*: “Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y, yéndoles mirando,/ con sola su figura/ vestidos los dejó de hermosura”. Y comenta el santo: “En esta canción las criaturas responden al alma; la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma que por la consideración se lo pregunta. Y así en esta canción lo que se contiene en sustancia es que **Dios creo todas las cosas con gran facilidad y brevedad y en ellas dejó algún rastro de quien Él era**, no sólo dándoles el ser de la nada, mas aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, hermozeándolas con admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras; y esto todo haciéndolo por su sabiduría, por quien las creó, que es el Verbo, su unigénito Hijo”.

Pero sucede también que *“faltos por completo de inteligencia son todos los hombres que vivieron sin conocer a Dios; los cuales, a pesar de ver tantas cosas buenas, no reconocieron al que verdaderamente existe; los cuales, a pesar de ver sus obras, no descubrieron al que las hizo. En cambio, tuvieron por dioses que gobiernan el mundo al fuego, al viento, al aire ligero, a las estrellas del firmamento, al agua caudalosa y a los astros del cielo. Si con la belleza de esos seres tanto se encantaron que llegaron a tenerlos por dioses, deberían comprender que mucho más hermoso es el Señor de todos ellos, pues él, el autor de la belleza, fue quien los creó. Si los asombró el poder y la actividad de aquellos seres, deberían saber que más poderoso es quien los hizo; pues, partiendo de la grandeza y la belleza de lo creado, se puede reflexionar y llegar a conocer a su creador”* (Sap 13,1-5).

Esta doctrina la expresa también san Pablo: *“Pues Dios muestra su ira castigando desde el cielo a toda la gente mala e injusta, que con su injusticia mantiene prisionera la verdad. Lo que de Dios se puede conocer, ellos lo conocen muy bien, porque **él mismo se lo ha mostrado; pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que él es Dios y que su poder nunca tendrá fin. Por eso los malvados no tienen disculpa. Pues aunque han conocido a Dios, no lo han honrado como a Dios ni le han dado gracias. Al contrario, han terminado pensando puras tonterías, y su necia mente se ha quedado a oscuras. Decían que eran sabios, pero se hicieron tontos; porque han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes del hombre mortal, y hasta por imágenes de aves, cuadrúpedos y reptiles”*** (Rm 1,18-23).

Como bien señala Santo Tomás, el único medio que tenemos aquí abajo para llegar al conocimiento de Dios es el de buscar las huellas de su acción en el universo e ir las siguiendo como una pista: estas son las vías que nos permiten elevarnos a Él”. A través del mundo de la naturaleza, del de la gracia y del de la gloria, el Espíritu nos hace contemplar la sabiduría infinita, la omnipotencia, la bondad y la naturaleza íntima de Dios. Es el Señor que nos invita a contemplar los lirios del campo y las aves del cielo para entender cómo nos ama y nos protege Dios. El mismo tono lo encontramos en el Cántico de las creaturas de San Francisco de Asís:

“**ALTÍSIMO, OMNIPOTENTE Y BUEN SEÑOR**, a Ti loor y gloria, honor y toda bendición: a Ti solo, Altísimo, Te convienen, y ningún hombre es digno de nombrarte.

¡Alabado sea, mi Señor, en todas las creaturas tuyas, especialmente el señor hermano Sol, por quien nos das el día y nos alumbras, y es bello y radiante con grande esplendor: de Ti, Altísimo, es significación!

¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana Luna y las Estrellas: en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas! ¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento, por el Aire y la Nube, por el Cielo sereno y todo Tiempo: por ellos a tus creaturas das sustento!

Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua, la cual es muy útil y humilde, preciosa y casta!

¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego: por él nos alumbras la noche, y es bello y alegre, vigoroso y fuerte!

¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre Tierra, que nos mantiene y sustenta, y produce los variados frutos con las flores coloridas y las hierbas!

¡Alabado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor, y soportan enfermedad, tribulación: bienaventurados quienes las soporten en paz, porque de Ti, Altísimo, coronados serán

¡Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal de quien ningún hombre viviente puede escapar! ¡Ay de aquéllos que mueran en pecado mortal! ¡Bienaventurados los que encuentre cumpliendo tu muy santa voluntad: pues la muerte segunda no les podrá hacer mal!

¡Alabad y bendecid a mi Señor y gracias dad, y servidle con grande humildad!”

Y es también el mensaje que encontramos en el Cántico de los tres jóvenes en el horno de fuego en el libro del profeta Daniel:

“Bendito eres, Señor, Dios de nuestros antepasados,

Bendito tu nombre santo y glorioso,

Bendito eres en tu santo y glorioso templo,

Bendito eres tú, que te sientas en trono de rey,

Bendito eres tú, que estás sentado sobre querubines

y con tu mirada penetras los abismos,

digno de honor y de toda alabanza por siempre.

Bendito eres en la bóveda del cielo,

digno de alabanza y de gloria por siempre.

Bendigan al Señor, todas sus obras,
Bendíganlo, ángeles del Señor,
Bendice, cielo, al Señor,
Bendice al Señor, agua que estás encima del cielo,
canta en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, todos sus astros,
Bendigan al Señor, sol y luna,
Bendigan al Señor, estrellas del cielo,
Bendigan al Señor, todas las lluvias y el rocío,
Bendigan al Señor, todos los vientos,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, fuego y calor,
Bendigan al Señor, frío y calor,
Bendigan al Señor, rocío y escarcha,
Bendigan al Señor, hielo y frío,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, heladas y nieve,
Bendigan al Señor, días y noches,
Bendigan al Señor, luz y oscuridad,
Bendigan al Señor, relámpagos y nubes,
canten en su honor eternamente.
Bendice, tierra, al Señor,
canta en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, montañas y colinas,
Bendigan al Señor, todas las cosas que crecen en la tierra,
Bendigan, manantiales, al Señor,
Bendigan al Señor, mares y ríos,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, ballenas y demás animales del agua,
Bendigan al Señor, todas las aves del cielo,
Bendigan al Señor, todos los animales domésticos y salvajes,
Bendigan al Señor, seres humanos,
canten en su honor eternamente.
Bendice, Israel, al Señor,
canta en su honor eternamente.
Sacerdotes del Señor, bendíganlo,
Siervos del Señor, bendíganlo,
Bendigan al Señor, hombres de espíritu recto,
Bendigan al Señor, santos y humildes de corazón,
canten en su honor eternamente.
Bendigamos al Señor, Ananías, Azarías y Misael,
cantemos en su honor eternamente,
porque él nos libró del sepulcro,
nos salvó de la muerte,
nos libró del fuego del horno encendido,
nos libró de las llamas.
Den gracias al Señor, porque él es bueno,
porque su amor es eterno.
Alábenlo todos los que adoran al Señor, el Dios de los dioses,
canten en su honor, denle gracias,
porque su amor es eterno.” (Dan3,5-90)

Aspecto secundario del don de ciencia: reconocer las creaturas como ocasión de pecado.

Hay otra corriente de textos bíblicos que nos muestra el riesgo de las creaturas, que pueden ser un obstáculo para llegar a Él.

El salmo 89 nos dice: “Mil años a tus ojos son como un día. Toda creatura es como hierba verde, que a la mañana florece y verdea, a la tarde se marchita y se seca”. Y el libro de Job señala:

“Tú sabes que siempre ha sido así desde que el hombre existe sobre la tierra: la alegría del malvado dura poco; su gozo es solo por un momento.

Aunque sea tan alto como el cielo y su cabeza llegue hasta las nubes, acabará como el estiércol y sus amigos no sabrán su paradero.

Desaparecerá como un sueño, como una visión nocturna, y nadie podrá encontrarlo.

Los que vivían con él y lo veían, no lo volverán a ver.

Sus hijos tendrán que devolver a los pobres lo que él había robado.

En pleno vigor y juventud bajará a la tumba.

El mal le parece tan delicioso que lo saborea con la lengua; retiene su sabor en la boca y lo paladea lentamente.

Pero luego, en el estómago, se le convierte en veneno de serpiente.

Vomita las riquezas que había devorado; Dios se las saca del estómago.

Estaba chupando veneno de serpiente, y ese veneno lo matará.

No podrá disfrutar de la abundancia de la leche y la miel, que corren como ríos.

Todo lo que había ganado, tendrá que devolverlo; no podrá aprovecharlo ni gozar de sus riquezas.

Explotó y abandonó a los pobres;

se adueñó de casas que no había construido.

Nunca quedaba satisfecho su apetito, ni nada se libraba de su ambición;

nada escapaba a su voracidad.

Por eso no podrá durar su dicha.

Cuanta más abundancia tenga, más infeliz será; sobre él caerá la mano de los malvados.

Cuando trate de llenar su estómago, Dios descargará su ira sobre él: hará llover sobre él su enojo.

Si escapa de un arma de hierro, lo alcanzarán con un arco de bronce.

La flecha le atravesará el cuerpo, y la punta le saldrá por el hígado.

Se llenará de terror; total oscuridad lo envolverá.

Un fuego que no hará falta avivar acabará con él y con toda su casa.

El cielo pondrá al descubierto su pecado, y la tierra se levantará para acusarlo.

Cuando la ira de Dios se desborde sobre él, se perderán todas sus riquezas.

Esto es lo que Dios ha destinado para el malo; esta es la suerte que le tiene preparada” (Job 20,5-29).

Es el tema del libro del Eclesiastés: “Vanidad de vanidades y todo vanidad” (1,1). Los mismos acentos nos da el Nuevo Testamento aunque iluminado por la esperanza cristiana: “Hermanos, lo que quiero decir es esto: Nos queda poco tiempo. Por lo tanto, los casados deben vivir como si no lo estuvieran; los que están de luto deben portarse como si estuvieran de fiesta, y los que están de fiesta deben portarse como si estuvieran de luto; los que compran deben vivir como si nada fuera suyo; y los que están usando de este mundo deben vivir como si no estuvieran sacando provecho de él, porque este mundo que vemos ha de terminar (1Cor 7,29-31).

Es por esto que la Iglesia no se abandona a una contemplación ingenua de la creación sino que tiene un sentido realista del pecado. Las creaturas se nos presentan también como ocasión de peligro y, después de nuestras caídas, ocasión de lágrimas. A causa de nuestra condición de pecadores, el don de ciencia se nos muestra también como una tristeza redentora y purificadora en la vida de los santos.

Alejandro Ferreirós